

como nosotros cientos de años en la más completa ignorancia, no es otra cosa que una horda de salvajes cuyo ideal ha sido siempre única y exclusivamente el de una libertad anárquica, el de una libertad para la rapiña y el bandidaje. Y puede ser que no esté tan lejana la hora en que todos nosotros podamos convencernos de la verdad de lo que acabo de deciros. Cuando el llamamiento al franco libertinaje agite a todo este océano de salvajes y la sangre derramada salpique hasta los cielos, para horror y admiración de Europa y de todo el mundo civilizado, entonces sabremos cómo es nuestro pueblo.

El discurso del fiscal, casi lo mejor que hay en el libro, es fuerte, aunque inocuo. El mundo civilizado y Europa no pueden admirarse ya de la sangre que se derrama, y ningún pueblo puede presumir de alta civilización. Los hechos hablan más claramente que las palabras. A pesar de su tono de polémica política, el libro de Artzybacheff es hermoso, es una verdadera novela rusa, con personajes admirablemente diseñados y con una narración y un estilo que no dejan nada que desear.—  
*Manuel Rojas.*

## BIOGRAFIA

DANTON VISTO POR UN INGLÉS, por  
*Hilaire Belloc.*

El libro de Belloc sobre Danton (1) es un libro lleno de innegable y copiosa erudición. Se ve que el autor domina la materia aunque

no el material. El estilo, además, no es fluido y ameno; avanza pesadamente, casi a tropezones. Claro está que los defectos que venimos observando en la obra de Hilaire Belloc sobre Danton no surgen, ni mucho menos, de una evidente incapacidad para escribir una obra buena, o si se quiere, de primer orden, somos nosotros, más bien, quienes criticamos su estudio biográfico desde el punto de vista actual. Nosotros somos quienes entendemos el arte de la biografía en una forma totalmente diversas a la forma en que la entendían nuestros abuelos. Hace cuarenta años más o menos que Belloc escribió su libro. Desde entonces casi todo ha cambiado.

Tomad una biografía moderna, escrita de acuerdo con el temperamento moderno, de acuerdo con la apreciación que de esta rama de la historia se tiene hoy, digamos por ejemplo la biografía de Fouché, por Stefan Zweig, y comparadla con la que de Danton ha escrito Belloc, inmediatamente veréis lo que queremos decir. Mientras en la obra del escritor alemán surge en toda su extensión, con íntima, con grandiosa realidad, la figura del duque de Otranto y el autor logra esfumarse para dejar su lugar a aquel personaje extraordinario de la Revolución y del Imperio, en el libro de Belloc Danton casi desaparece bajo la pesada erudición, bajo las constantes consideraciones y comentarios; a cada instante surge el autor mientras que del personaje biografiado sólo conseguimos vislumbrar alguna que otra mueca, alguna que otra acción; sólo a raros intervalos vive

(1) «Danton», por Hilaire Belloc, traducción al castellano, por Carlos de Onís, Madrid, 1931.

ante nosotros como hombre de carne y hueso.

Ambos son libros buenos y sirven para denotar la transformación de un arte, el arte de la biografía. Biografía e historia son dos cosas con profundas diferencias. Aquella por ser precisamente un aspecto o un derivado de esta última es que debe existir con sus propias características, sus propias cualidades y, si se quiere, sus propios defectos, pero la biografía debe ser, ante todo, biografía. Esto es lo que se ha venido a comprender sólo últimamente; hace algunos años no se tenía una idea precisa de la diferencia que existe entre el estudio de una época y el estudio de un hombre.

La historia si ha de ser responsable y seria debe ser profundamente erudita, debe abundar en informaciones bibliográficas, en citas, en continuas referencias a otras obras y a las diversas investigaciones que sobre la materia se efectúan o se han efectuado. Pero cuando se escribe la biografía de un hombre conviene deshacerse de todo aquello o si se quiere, relegarlo a una introducción o a un capítulo, así ese efecto de vida, de poderosa dramaticidad que se quiere dar al tema, que de por sí se presta para ello, puede lograrse plenamente, sin que surjan a cada instante escollos que sin duda restarán grandemente en mérito artístico a la obra. Si tan numerosas biografías se publican hoy es por que han llegado, no diré al grueso público, pero sí al público lector, que no está dispuesto a leer pesados y eruditos trabajos de erudición histórica y que, por lo tanto,

ha de sorprenderse al encontrar una biografía escrita sin amenidad. Lytton Strachey es un formidable ejemplo de autor de biografías artísticas eruditas, livianas; Maurois, Ludwig, aunque inferiores constituyen ejemplos no menos estimables y así podríamos seguir citando algunos otros.

Pero seamos justos con la obra de Belloc sobre Danton, Belloc no es un autor moderno, estudiémoslo por lo tanto de acuerdo con su época, es así que nos colocamos en una situación, a la vez más justa y más favorable para él y su libro.

El primer capítulo en la obra de Belloc contiene un estudio de la Revolución francesa, en él se analiza lo que podríamos llamar las causas psicológicas de los movimientos revolucionarios, cuya esencia lo constituye el deseo de mejorar y dar salud a la organización de la sociedad, es el mero instinto de justicia expresado en términos concretos sobre un punto determinado. Es a esto a lo que el hombre justo de cualquier época se siente obligado. No se trata de una fórmula. Parece una tendencia lo más indefinida e inútil que se pueda imaginar, y, sin embargo, siguiéndola se conserva la salud del Estado y abandonándola se produce la revolución» (Págs. 20-21). Es así que cuando un Estado cuenta con un grupo de hombres que llevan a cabo las reformas solicitadas por aquel sentimiento de justicia, salvan al Gobierno y lo mantienen íntegro y fuerte, pero «cuando por el contrario, los que hacen las leyes, se olvidan del clamor de justicia, las necesidades urgentes se acumu-

lan, las cargas y la tirantez se hacen entolerales, y la gravitación hacia el tipo normal de vida que debería ser una fuerza ligera, aunque constante, actúa repentinamente con ímpetu extraordinario y violencia destructora» (Pág. 21).

Estas líneas deberían servir de lección a muchos gobiernos recalcitrantes, que esperan sostenerse por la fuerza cuando realmente su situación es insostenible, falsa, sin arraigo en la opinión pública. Desgraciadamente estos gobiernos, como son en su mayoría producto de la ignorancia y de la falta de visión política, se dan con mucha frecuencia en Sud América.

Belloc procede luego a hacer un estudio de las condiciones que imperaban en Francia en la época de la Revolución. Nos dice que no sólo Francia, sino que toda Europa de fines del siglo XVIII había caído en una especie de letargo, que ya ninguna ley o disposición era capaz de arrancarla de él, que «ni los mejores consejeros podían salvar a un rey enredado en el laberinto de la etiqueta de Versalles» (Pág. 26). Luego por aquel entonces se hizo manifiesta la pobreza, que de año en año aumentaba, y que sumía en la mayor de las miserias a las clases trabajadoras y al campesino. Como consecuencia natural de lo anterior las entradas del Fisco se reducían en forma alarmante, hasta que por fin el rey se vió obligado a convocar a los Estados Generales. Agreguemos a estas causas de índole material las novísimas ideas filosóficas que habían penetrado y arraigado en la sociedad y tenemos las dos gran-

des fuerzas que pusieran en movimiento la maquinaria revolucionaria.

«¿Qué lugar ocupó Danton en toda esta transformación? Nos proponemos en esta biografía tratar de sus hábitos físicos y morales, de sus convicciones y de las incidencias de su vida». (Pág. 56). Es así como Belloc enuncia sus propósitos y luego nos da una visión esquemática y certera de la personalidad de Danton: «Danton pertenecía a la burguesía por lo que se refiere a su clase social, y a los menos visionarios en lo que atañe a las tendencias de su espíritu. A los treinta años era desconocido en política y no ansiaba ser elegido para cargos públicos. Fué la oratoria la que de un modo accidental, le hizo destacarse en un principio.» (Pág. 56).

Extraordinaria carrera la de este hombre lleno de dinamismo, de habilidad y de inteligencia.

Procedía de un pequeño pueblo enclavado en los amenos valles de la Champaña, Arcis-sur-Aube; allí había nacido en Octubre de 1759, su padre era procurador.

Jorge Jacobo Danton estudia en su ciudad natal, luego en Troyes, luego marcha a París, donde, después de cuatro años de trabajos y de estudios, obtiene el título de abogado. Son años de juventud, Danton es un hombre robusto, de facciones duras, pero bondadosas, tiene una cara fea y unos hombros anchos... Ejerce la profesión con éxito, cuenta entre su clientela a un Ministro de Estado y a varios personajes de influencia; además contrae matrimonio con la hija de un rico hostelero,

ella se llama Antonia Gabriela Charpentier y Danton la quiere apasionadamente.

Después de algunos años y con la ayuda pecuniaria de su familia, ve realizada una de sus mayores aspiraciones: es elegido miembro del «Cour de Cassation», puesto que rinde ingresos cuantiosos y debido a lo cual era costumbre abonar una gruesa suma de dinero para lograr ocuparlo. Estamos ya en 1787 y durante los dos años siguientes, la reputación forense de Danton aumenta sin cesar. Alquila un piso en un viejo caserón situado en la esquina de la «Cour du Commerce» y de la «rue des Cordeliers»; en el piso de arriba vive Desmoulins. Tiene además su bufete en la «rue de la Tixanderie». Las calles en que se halla situada su residencia pertenecen al sector denominado de los Cordeliers, o sea de los franciscanos, debido a que los religiosos de esta orden poseían un convento en este barrio. En un barrio en el que habitan pocos nobles y muchos burgueses y los más grandes hombres de la Revolución; tiene calles angostas, sombrías, circundadas por grandes y antiguas casas.

En Abril de 1789 es elegido el Parlamento, que celebra sus sesiones en Versalles. Hay gran excitación política en París, y el Palais Royal, abierto al público por el duque de Orleans, es un centro de reunión para los hombres que desean cambiar ideas y comentar hechos. Entre esta multitud Danton es una figura prominente, aunque no la principal, Los ánimos se excitan cada vez más al observar cómo el rey

y la corte se niegan a cumplir sus promesas y viene el final trágico del 14 de Julio. Después de la toma de la Bastilla se forma en el Hotel de Ville una especie de gobierno, que aunque carecía de fuerza evitó la anarquía. No tenía autoridad, puesto que el rey no se la había concedido, sin embargo hizo una leva de 2,000 hombres por cada distrito y formó la Guardia Nacional, cuyo mando fué entregado a Lafayette. El Concejo Municipal lo integraban cinco representantes por cada uno de los distritos, tenía como presidente a Bailly. En suma, y a pesar del movimiento popular, las riendas del poder estaban en manos de la alta burguesía y de la nobleza. Luego el rey, un tanto temeroso, hace concesiones. Luis XVI confirma los nombramientos hechos por el Concejo Municipal, autoriza a los Estados Generales llamarse Asamblea Nacional, y permite que se redacte una Constitución.

Danton no pensaba siquiera entrar a figurar en la vida pública; fué una circunstancia casual la que lo arrastró a tomar una parte preponderante en el torbellino revolucionario de la Francia, su elocuencia. Se destaca en el Club de los Cordeliers, es elegido con otros cuatro como representante de este club en el Concejo Municipal, que esta en manos de los reaccionarios, de los Lafayettes, de los Baillys y por lo tanto, Danton, que no comulga con los ideales reaccionarios, permanece silencioso, apenas si tercia en los debates.

Junio 1791. El rey huye de París. Danton y algunos de sus colegas del

Club de los Cordeliers piden a la Asamblea que en vista de ello se considere que ha abdicado o en caso contrario que la nación lo juzgue. Se reúnen las firmas en el Campo de Marte, donde se congrega una enorme multitud. De pronto aparecen Lafayette y Bailly con la Guardia Nacional. Choque entre la Guardia y el pueblo. Estado de sitio. Danton huye de París, se va a Arcis; mandan a prenderle y escapa a Inglaterra, donde su padrastro. Vuelve en Agosto a Francia; en Septiembre está en París. Quieren tomarlo preso y, gracias a la amnistía que ha hecho decretar el propio rey, se salva.

Los meses siguientes contienen más bien derrotas que triunfos para Danton. No logra ser elegido para la Asamblea aunque consigue un nombramiento de cierta distinción; ser el primer ayudante del «procureur»; además tiene libertad para dirigir la oposición, es el jefe de las fuerzas de izquierda.

1792. Rumores bélicos inundan París. Hay quienes desean arrastrar Francia a la guerra. Se habla de una invasión de las potencias extranjeras. Pocos saben la verdad de las cosas. El rey ha traicionado a su pueblo, Lafayette y otros lo apoyan. Han pedido a la corte de Viena el envío de un ejército liberador. En medio de todo esto cae como una bomba el manifiesto de Brunswick-Lunneborg. En él se hace saber al pueblo francés que la invasión de los ejércitos de Prusia y de Austria obedece al solo deseo de reponer al rey de Francia en sus antiguas prerrogativas, que una vez logrado su

objetivo abandonarán el suelo francés, que aquellos que respetan y quieren al rey nada deberán temer, pero los que inciten a la revuelta y se oponen a la marcha de los ejércitos aliados serán duramente castigados; no habrá misericordia para con ellos; sus casas serán arrasadas por las llamas.

En París el pueblo se apresta para la revuelta, el furor de las muchedumbres aumenta a cada instante. Lafayette solicita autorización para usar la Guardia Nacional, y el peligro de que Francia se vea envuelta en una guerra civil crece a medida que se aproxima el mes de Agosto. Son estos, días de verano, llenos de sol; enervantes, caliginosos.

Danton va a su pueblo natal para asegurar una renta a su madre en el caso de que el muera y luego retorna a París, donde se prepara la lucha, se reconcentran fuerzas, se colccionan armas. En la noche del 9 al 10 de Agosto Danton no duerme, va a casa de Desmoulins, se recuesta en un sofá, hacia las dos de la madrugada sale y se dirige al Hotel de Ville, cuartel general de las fuerzas monárquicas, y allí toma ante sí y ante la posteridad, la responsabilidad por la muerte de Mandat, nuevo jefe de la Guardia Nacional, quien ha ordenado hacer fuego sobre el pueblo en las luchas que debían librarse al día siguiente. Entretanto el rey reconcentra algo así como 10,000 soldados, incluyendo la Guardia Suiza, en el Palacio de las Tullerías.

El día 10 de Agosto una densa multitud armada se dirige a las Tullerías. Primero parlamentan con los

guardias suizos, estos responden que cumplen órdenes y luego hacen una descarga cerrada sobre la muchedumbre, la que contesta con disparos aislados. Los soldados también hacen fuego individualmente y luego se deja oír un feroz tiroteo. El pueblo logra imponerse y los guardias del palacio se baten en retirada por los jardines. El rey, la reina, la corte, abandonan las Tullerías; buscan refugio en la Escuela de Equitación, donde la Asamblea celebra sus sesiones, y esta le ofrece protección entre una lluvia de balas. Pasados los primeros instantes las detonaciones se hacen menos frecuentes, pero el sordo rumor de la muchedumbre que ha forzado su entrada al palacio, se aproxima, cada vez más, a la sala de sesiones y luego, al resplandor de la escasa luz que se filtra por las claraboyas, se divisan las figuras de aquellos hombres que van a gobernar en Francia.

Todos lo comprendían ya, la monarquía francesa había caído.

Danton es el nuevo Ministro de Justicia, pero en realidad encarna el Poder Ejecutivo. Aquellos que formaban la oposición, aquellos que, cuando hubo de clausurarse el Club de los Cordeliers bajo el ímpetu de la reacción monárquica, pasaron a discursar en los jacobinos, son los que dirigen ahora la Commune y la Commune es la dueña del poder.

Pero la verdad es que no hay orden ni autoridad de ninguna especie en París. La peor y más sangrienta de las anarquías impera en la capital de Francia. Los monarquistas son asesinados en las prisiones y en las

calles sin que nadie lo pueda evitar. El caos se hace aún peor cuando se difunde en París la noticia de que los ejércitos aliados han atravesado la frontera el 19 de Agosto. El 23 se rinde Longwy, el 30 es sitiado Verdún. La desesperación, el terror, la locura se apoderan hasta de los ánimos mejor templados. Del Hotel de Ville pende una enorme bandera negra con la palabra *Peligro* escrita en gruesos caracteres blancos.

Lo peor es que toda la sangre vertida en esos trágicos días ha empañado el nombre de Danton haciendo imposible, hasta el día de hoy, lavar la mancha. Sin embargo la actitud por él asumida es, hasta cierto punto, excusable si se la analiza detenidamente y sin apasionamiento. Claro está que pudo haber salvado muchas vidas, el solo prestigio de su nombre bastaba para ello sea cual fuere la anarquía en que se hallaba sumido París, pero no lo hizo porque no era posible, sin riesgo de al fin caer él también y con él Francia, defender a unos hombres que con razón todos odiaban, puesto que habían traicionado a la Patria.

Danton en aquellos días semeja una roca en un mar agitado, sólo el parece conservar la serenidad que todos han perdido. Sus propios colegas en el Ministerio quieren abandonar París, él los contiene:

«¿A dónde pensáis ir?»—pregunta.

«Debemos ir a Blois y llevar con nosotros al rey y al tesoro»—le responde Roland.

«Tened cuidado Roland y no habléis demasiado de marchar, el pueblo podría oírlos.»

En medio de todo el desorden

Danton organiza la defensa, reúne armas y equipa un ejército de voluntarios. Quiere encauzar la pasión del pueblo hacia fines constructivos y pronuncia un discurso magistral, cuyas últimas frases están esculpidas en el pedestal de su estatua.

Es elegido para formar parte de la Convención, en vista de lo cual renuncia al cargo de Ministro de Justicia. La Convención proclama la República el día 26 de Septiembre y la atmósfera parece aclararse un poco cuando llegan las primeras noticias alentadoras, como la de la retirada de los prusianos en Valmy. Danton ha negociado secretamente con los aliados y obtiene la evacuación del territorio francés.

Hacia fines de Octubre Danton sale de París con dirección a Bélgica donde debe cumplir una misión en el ejército. Vuelve en Enero de 1793. Al día siguiente está junto a su mujer agonizante, se llena de amargura y de desesperación, lo cual sin duda influye en la actitud que adopta en la Convención cuando se juzga al rey; vota por la muerte de Luis XVI. Durante la segunda quincena de Febrero Danton pierde a su esposa. Acababa de regresar de Bélgica por segunda vez cuando conoce la fatal noticia.

Es en esta época que surge en el cerebro de Danton una idea que estaba llamada a tener gran trascendencia: concibe la formación de un gobierno fuerte, dictatorial. El 8 de Marzo pronuncia el primero de una serie de célebres discursos. Después hace un llamamiento a París; algunos desastres acaecidos en esos días parecen venir en apoyo

de sus planes. Su proposición es presentada con hábiles argumentos y logra hacerla aprobar aún frente a los ataques de los girondinos. El Comité de Salvación Pública había nacido. Danton es uno de sus miembros, los otros son: Barrere, Delmas, Breárd, Debry, Marvaux, Cambon, Treilhard y Lacroix.

Al fin existe una institución en Francia, algo que coordine las actividades revolucionarias, algo que desarrolle una labor constructiva. Pero esto no es todo, las fuerzas de izquierda están trabajando por adueñarse del poder. Los girondinos son expulsados de la Convención y el propio Comité de Salvación Pública experimenta notables transformaciones a medida que pasa el tiempo. Esta trágica lucha tendrá un final aún más trágico: el Terror. «En el primer Comité de los nueve Danton lo es todo. El lo formó y él lo rigió. Sin embargo hacia el final de su breve existencia comienza a dejarse sentir la presión de los jacobinos, de Robespierre y de St. Just, triunfando la Montaña. La pérdida del poder por parte de Danton dan por resultado la disolución del antiguo Comité, y cuando el nuevo se forma—el 10 de Julio—se inicia otro período. Se aumenta el número de sus miembros a doce, dando entrada a los partidarios de Robespierre.» (Pág-255-256).

Pero aunque Danton ya no forma parte del Comité colabora desde fuera con el gobierno, es el Consejero de Francia. Sin embargo cada día aumenta su desaliento al ver cómo los extremistas ganan terreno y cómo el Comité que él ha formado

es una máquina tan demasiado poderosa que amenaza con aplastar a todos, inclusive a su propio creador.

Enfermo, triste, desilusionado regresa a Arcis, cerca del campo, al que tanto quiere como todo buen francés. Contrae matrimonio por segunda vez, pero él no ama a su nueva esposa; y ella tampoco lo ama a él. A fines de Noviembre vuelve a París. Ha recuperado la salud y la energía.

El Terror impera en Francia. Danton desde la Convención y su amigo Desmoulins desde las columnas de su flamante periódico, el *Vieux Cordelier*, procura acabar con el estado de cosas existentes. De antiguos extremistas se han convertido, por la fuerza de las circunstancias, en nuevos reaccionarios. Parecen tener éxito en un comienzo. Robespierre se acobarda, pero luego domina la situación. A mediados de Enero es encarcelado Fabre d'Eglantine, pese a la defensa interpuesta por Danton; el gobierno dió razones de Estado y asunto concluído. Es así como Robespierre comienza la ofensiva. Su primer golpe lo descarga sobre los hebertistas, el segundo sobre Danton y sus partidarios: d'Eglantine, Desmoulins, de Séchelles, Lacroix, Westermann.

Uno de los mejores capítulos en la obra de Hilaire Belloc es aquel en que nos describe el proceso y la muerte de Danton. Tiene, este capítulo más animación, más movimiento, más interés que los anteriores. Como dijimos en un comienzo, toda esta brillante epopeya, la epopeya dantoniana aparece rela-

tada, en el transcurso de la obra, sin la fuerza, sin el dinamismo que se requiere en una biografía. Este último capítulo hace que al cerrar el libro nos llevemos una opinión más favorable de él. La verdad es que la obra de Belloc tiene erudición y constituye un brillante aporte a la historia de la Revolución francesa, pero, volvamos a repetir, carece de valores estéticos; en una palabra, es una biografía hecha sin arte.

Una vez preso Danton y los suyos, estaban de antemano escritas sus sentencias de muerte. El proceso fué una mera farsa y una farsa de las más burdas y mal hechas. Se le acusa de haber ayudado al rey, de haber masacrado al pueblo en los disturbios de Agosto del pasado año, etc., etc. Nadie cree ni una palabra de la acusación, excepto, quizás, el inocente de St. Just. En la Convención sólo Legendre lo defiende: «Conceded a Danton—dice—que sea oído en la Convención», pero entra Robespierre, pregunta si están ahí para defender principios u hombres, Legendre no sabe que contestar, murmura unas disculpas y el proceso sigue su curso.

El 3 de Abril comienza Danton su defensa, una defensa magistral. No va dirigida al jurado, al tribunal, compuesto por unos cuantos infelices, sino que a la Historia. «El día, aun estando la estación en sus comienzos, era caluroso y las ventanas que daban al Sena estaban abiertas. La multitud se apretujaba a las puertas y se extendía hasta más allá del Puente Nuevo, al otro lado del río. Todo lo que se decía ante el tribunal corría de boca en boca y



los murmullos demostraban lo atentamente que se seguían las palabras del gran tribuno». (Pág. 312).

El 5 de Abril se reúne el tribunal a las ocho y media de la mañana. El jurado delibera y decide, por unanimidad, declarar culpable a Danton y los suyos. Sólo uno no se atreve a dar tal veredicto, pero otro se acerca y le explica: «Esto no es un proceso; es un sacrificio. Danton y Robespierre no pueden existir juntos ¿cuál de los dos creéis que es más necesario para la República? «Desde luego Robespierre es necesario, pero...» «Basta, con eso que habéis dicho ya habéis dado vuestro fallo».

Entre las cuatro y cinco de la tarde de aquel mismo día, dos carreteras trasladan a los acusados desde la Conserjería, al través de las calles de París, hasta la plaza de la Revolución. Es una hermosa tarde de Primavera. Ya el sol envía sus últimos rayos sobre aquella ciudad llena de tragedias, cuando por fin Danton sube al cadalso; sereno y firme, igual que en sus mejores días; como el aristócrata Héraul de Séchelles, contempla a la muchedumbre con olímpico desprecio. Sus últimas palabras van dirigidas al verdugo: «Enseña mi cabeza al pueblo, merece la pena».

Tal fué la existencia de este hombre, uno de los más grandes de Francia y junto con Mirabeau, el personaje más importante de la Revolución francesa. En él, se puede decir que está contenido todo lo que ese movimiento ha dejado como herencia al mundo moderno. Su historia ha sido repetida miles de ve-

ces, pero conviene recordarla de vez en cuando, tal es el objeto de estas líneas.

Al través de la obra de Hilaire Belloc se nota que este simpatiza casi incondicionalmente con Danton. Se vé que le profesa una admiración sincera, quizás un tanto vehemente, y desde luego el propio Belloc nos advierte en la Introducción que esta biografía fué escrita en sus años de juventud. Ello no obsta, sin embargo, para que sea un libro muy bien documentado, aunque su material, en la mayoría de los casos, no es de primera mano. Nada nos dice que no se haya sabido antes sobre la vida de Danton, pero se hecha de ver que conoce la materia muy a fondo y que su obra es el producto de largos y fatigosos estudios. Corrige varios errores y uno de ellos nada menos que a Michelet, quien hace aparecer a Danton como pidiendo clemencia para el rey cuando en realidad votó por su muerte. En suma podemos decir que es un libro que debió publicarse —René Ballivian Calderón.

## CUENTOS

LOS CUENTOS, por *Luis Durán*, 1921  
1932.

A fines de 1929, año pobre en nuestra Literatura, que mostró el franco retroceso de algunos escritores, soit disant, consagrados, apareció *Tierra de Pellines* para contrapesar el solitario y merecido éxito de Mariano Latorre.